

1350. reanimó el partido güelfo. Los Pépoli, viendo que no podían continuar en la posesión de Bolonia, la vendieron á Juan Visconti; los Bologneses gritaban: *No queremos ser vendidos*, y el papa daba muestras de desear adquirirla de nuevo; pero Juan respondió que defendería su báculo con la espada, y cuando Clemente VI le citó para que fuese á Aviñon, Visconti expidió emisarios que preparasen muchas habitaciones, y almacenes llenos de heno y granos para doce mil caballos y seis mil infantes. Asustado el pontífice se resignó á cederle Bolonia por doce mil florines anuales.

Juan unió esta á las otras diez y seis grandes ciudades de Lombardía (1), y creciendo su ambición con las nuevas posesiones, aspiró también al dominio de Florencia. Para obtenerlo, se alió con los tiranuelos de Toscana, se adquirió la amistad de Pisa, é hizo con su ejército una correría por todo el territorio florentino; pero la guerra emprendida por Génova contra Venecia trastornó su proyecto. Sus sucesores no abandonaron esta idea; pero no pudieron realizarla por las continuas guerras que tenían con los señores de Montferrato, de Este, de la Escala, de Gonzaga y de Carrara, que eran los únicos Lombardos independientes. Los Beccarias, fuertes por el apoyo de los Visconti y del marques de Montferrato, tiranizaban á Pavia. Declarada la guerra entre los Visconti y el marques, Pavia se decidió por este. Los Visconti la sitiaron, y hubiera caído en su poder; pero Jacobo Bussolari, fraile ermitaño que predicaba allí la cuaresma, y en quien hombres y mujeres tenían gran confianza, les exhortó á defender su independencia, atribuyendo todos los males que sufrían á los deshonestos adornos de las mujeres, á la depravación de las costumbres, y al egoísmo de gobernantes y gobernados. El pueblo lloró y se enmendó; los señores rieron al principio, pero luego recelaron del ermitaño, y por último, cuando hubo guiado á la juventud á rechazar á los sitiadores, intentaron deshacerse de él asesinandolo. Este valiente fraile, con extraordinaria energía, persuadió á los habitantes de Pavia á hacer cualquier sacrificio por sostener su libertad, y los indujo á expulsar á los Beccarias, quienes unidos despues á los Visconti, volvieron de nuevo contra la ciudad. No pudiendo esta resistir á fuerzas tan superiores, Bussolari capituló, con condiciones que libraban á los ciudadanos de la venganza de sus vencedores, sin que en ninguna se ocupase de su persona, así es que fué preso y destinado á acabar sus días en el *vade in pace* (*) de un monasterio de Vercelli.

(1) Milan, Lodi, Plasencia, Borgo Sandonnino, Parma, Cremona, Brescia, Bérgamo, Novara, Como, Vercelli, Alba, Alejandria, Tortona, Pontremoli y Asti.

(*) *In pace*. Así se llamaba en Italia (y acaso se llama todavía) la cárcel perpétua de los conventos, en donde metían al fraile culpado, para que acabase en ella sus días, sin mas alimento que pan y agua.

(N. del T.)

Carlos de Luxemburgo, hijo del caballeresco rey de Génova, habia ascendido al trono imperial, fingiendo que sentía las divisiones de Italia, aunque en realidad era porque no olvidaba que de ellas se podía sacar dinero, escuchó á los enemigos de la casa de los Visconti y á los Florentinos que le invitaban á que fuese á su país, y el pontífice Inocencio VI se lo consintió. Se presentó al fin en medio de la expectativa general; pero quedaron sorprendidos sus esperanzados amigos y sus asustados enemigos cuando le vieron, acompañado de trescientos caballeros « atravesar la Italia montado en un rocín, en medio de gentes sin armas, cual un mercader que se apresura á llegar á la feria (1). » Sin embargo, á este fantasma imperial prodigaron los literatos adulaciones latinas; los juristas le recordaban sus derechos imperiales; los Gibelinos y los tiranos le hacían su jefe, nombrándole juez en sus litigios, asegurando que los gobiernos municipales solo se habian instituido por su ausencia; pero que al presentarse el emperador, cesaba toda autoridad, toda restriccion.

Mientras que los embajadores de todos los países menudeaban sus eruditas necedades, su majestad se entretenía pelando varitas de sauce con un cortaplumas. Disimulaba mal el miedo cuando los Visconti hacían desfilar dos ó tres veces al día por delante del palacio, donde le habian recibido sin armas, seis mil caballos y diez mil infantes bien armados y equipados. En cuanto á sus derechos, no pensaba mucho en ellos; pero tanto estos como el título de rey y el de emperador le complacían, por tener algo que poder vender para obtener dinero y hermosear su ciudad, que era Praga. Hizo algunas paces; confirmó al Paleólogo en los señoríos de Turin, Susa, Alejandria, Ivrea, Trino y mas de cien castillos. Cuando llegó á Pisa fué proclamado soberano, y aceptó, llevando al suplicio por meras sospechas á toda la casa de Gambacurti, que se habia sacrificado por él; pero poco despues se arrepintieron los Pisanos, y renunció. Lo mismo sucedió en Siena, así como Pisa fué inducida á ello por el temor que tenía á Florencia. Esta que al principio le llamó, luego se asustó viendo que se rodeaba de la nobleza que le era contraria y prometer que haría justicia. Podían haber rescatado su sumision al imperio; pero comprendieron que importaba poco reconocer los derechos de un príncipe que pronto dejaría aquel país, y que por medio del dinero evitarían una guerra. De consiguiente le juró vasallaje, bajo condicion de que confirmase los estatutos hechos y los que en lo sucesivo se hiciesen; que los miembros de la señoría fuesen vicarios del emperador y en su nombre ejerciesen sus dere-

(1) MATEO VILLANI, IV, 39.

Dondacio Malvicini de Ferrara escribía á la señoría florentina el 27 de junio del 53, que el emperador llegó á Cremona y fué detenido mas de dos horas fuera de la ciudad, mientras se examinó su gente, de la cual solo se dejó entrar un tercio y sin armas. Otro tanto escribió á Soncino y también á Bérgamo. Arch. St. app. número 24, p. 408.

Carlos IV en Italia.

1354.

chos; que él no pusiese los piés en Florencia, ni en otra ciudad amurallada, contentándose con cien mil florines en cambio de las regaldas, y ademias cuatro mil florines anuales, mientras viviese.

El Petrarca, que por clásicas reminiscencias deseaba ver restaurada la dignidad de Augusto y de Constantino, escribía á Carlos: « En vano opones á mi impaciencia la mudanza de los tiempos, y la exageras con prolijas frases que me hacen admirar en tí mas bien el ingenio del escritor que el ánimo del emperador. ¿Qué hay ahora que no haya habido otras veces? ¿Pueden tal vez compararse nuestros males con los antiguos, cuando Breno, Pirro y Anibal destrozaban la Italia? Las llagas que veo en el hermoso cuerpo de la Italia no las abrió la naturaleza, sino nuestra molicie. El mundo es todavía el mismo con el mismo sol y los mismos elementos: solo el valor ha disminuido. Tú has sido elegido para una gloriosa tarea: debes quitar la deformidad á la república, y devolver al mundo su antigua forma; solo entonces serás á mis ojos verdadero César, verdadero emperador (1). »

Quando supo que habia llegado, fué extraordinaria su alegría y escribía de este modo: « ¿Qué diré? ¿Por dónde principiaré? Durante mi expectativa deseaba longanimidad y paciencia; comienzo á desear ahora comprender bien toda mi felicidad y no ser inferior á tanta alegría. No sois ya el rey de Bohemia, sois el rey del mundo, el emperador romano, el verdadero César. Todo lo hallaréis dispuesto, como yo os aseguraba, la diadema, el imperio, gloria inmortal, y abierto el camino del cielo. Me glorío y triunfo por haberos animado con mis palabras. No iré solo á recibirlos al trasponer los Alpes, irá conmigo una multitud inmensa: toda Italia, madre nuestra, y Roma, cabeza de Italia, saldrán á vuestro encuentro cantando con Virgilio:

Venisti tandem, tuaque expectata parenti
Vicit iter durum pietas (2). »

Pues bien, este rey glorioso habia prometido al papa no permanecer en Roma mas de un día; así es que habiendo llegado algunos días antes, entró de incógnito con traje de peregrino, tan solo para visitar los monumentos, y salió despues coronado para emprender su regreso. « Huye sin que nadie le siga (exclamaba el desengañado Petrarca): las delicias de Italia le causan horror. Para justificarse, dice haber jurado no estar en Roma mas de un día. ¡Oh día de oprobio! ¡oh juramento deplorable! el papa que ha renunciado á Roma, no quiere que otro se detenga en ella. »

En el camino fué insultado por Siena, Pisa, Cremona, y él lo sufrió; y los Visconti le cerraron las puertas de su ciudad, y lo llevó con pa-

(1) Ep. famil. IX, 4.
(2) Ep. famil. X, 1.

ciencia, consolándose con pensar en su Bohemia, y en los tesoros que llevaba á aquel país.

Y entretanto, ¿quién padecía? la infeliz Italia entregada á las rapiñas de gentes de todas naciones. Vinieron con Carlos Bohemos, Esclavones, Polacos, Croatas y Berneses, Alemanes, Ingleses y Borgoñones. Roma sufría sobre todo por la ausencia de los papas que eran su única vida. Descuidada la justicia y la administración, interceptadas las calles por montones de ruinas, destruidas las iglesias, despojados los altares, los sacerdotes sin los ornamentos necesarios al decoro del culto, y los señores romanos traficando con los monumentos antiguos, con los que se hermoseaban las ciudades vecinas y la indolente Nápoles (1). Al mismo tiempo se encarnizaban las facciones de los Colonna y de los Orsini, de las que se elegía ordinariamente el senador. Para tomar parte con ellos ó para no sufrir su opresión, los otros señores que poseían pequeños territorios, habian trasformado en fortalezas los palacios, el coliseo y demas restos de la magnificencia romana; la campiña era saqueada y destruida por tropas de bandoleros; los barones amenazaban y robaban; se mancillaban los asilos de las virgenes consagradas al Señor; se deshonoraba á las jóvenes; se robaban las esposas arrebatándolas de la casa marital, y los jornaleros que salían de la ciudad á trabajar, eran robados hasta en las mismas puertas de Roma (2).

Durante la ausencia de los papas, el pueblo habia establecido un gobierno municipal, dividiendo la ciudad en trece distritos, cada uno con un alférez: cuatro miembros por distrito componían el consejo del pueblo, que tenía también otro colegio de veinticinco miembros, con un capitán para mandar las fuerzas, sin representación en los intereses civiles. Á la cabeza del pueblo, como comunidad política, estaba el prefecto de Roma; el senador representaba la ley que era superior á los mismos nobles. Cuando se elegía un nuevo papa, se mandaban diputados á Aviñon para prestarle acatamiento.

En la eleccion de Clemente VI, otro de los diputados enviados á cumplimentarle fué Nicolás, hijo de Lorenzo (3), uno de los infelices que lle-

Nicolas Rienzi.

(1) « De vestris marmoreis columnis, de liminibus templorum... de imaginibus sepulcrorum, sub quibus patrum vestrorum venerabilis cinis erat, ut reliquias silicam, desidia Neapolis adornatur. » Así se expresa el patriarca, de cuyas cartas he sacado este cuadro.

(2) « La ciudad de Roma se hallaba en gran conflicto. No tenía gobernantes. Todos los días se perpetraban crímenes. Por todas partes se robaba; no había virgen segura en ninguna parte. Se llevaban á las niñas para arrastrarlas á la deshonra. Las mujeres eran arrebatadas del lado de sus maridos en sus propios lechos. Si los jornaleros salían á trabajar fuera de la ciudad eran robados, y ¿dónde? en las mismas puertas de Roma. Los peregrinos que venían á visitar las santas iglesias para bien de sus almas, eran robados y degollados. Los sacerdotes obraban mal. Todo era lascivia, todo males, sin ninguna justicia, ni freno ni esperanza de remedio. Todos perecían. Tenía mas razon quien mas podía con la espada. El único medio de salvacion era defenderse con parentescos y amigos. Todos los días había tumultos. » TOMAS FORRIFICCA. *Vita di Cola di Rienzi, tribuno del popolo romano, scritta in lingua volgare romana di quella età*. Bracciano, 1621.

(3) DU CERCEAU: *Conjuration de Nicolas Gabrini dit de*

vaban agua en un borrico á la ciudad ántes que Sixto V condujese á Roma la de Felice, y llegase á ser la ciudad de las fuentes (1). Colá di Renzo (como le llamaban), con la lectura de los clásicos y particularmente de las *magnificencias* de Julio César, adquirió una admiración entusiasta por la república romana (2), y afligido al verla entónces abandonada de los papas y á disposición de los bandoleros, pensó renovar su antiguo esplendor, como hacen frecuentemente los Italianos cambiando los recuerdos por esperanzas. Á los degenerados hijos de aquellos que habian oído á Gracco y Ciceron, les hablaba de sus antiguas glorias; ponía á su vista inscripciones y símbolos á propósito para lisonjear la vanidad y sondear su resolución, meditando al mismo tiempo sobre los derechos del pueblo. La muerte de su hermano, ejecutada impunemente por los Colonnas, le hizo mucho mas odiosa aquella nobleza, que no siendo menos facciosa que la antigua, era mas poderosa y compacta. Pensó entónces restablecer los tribunales de la plebe, y asociando á sus recuerdos clásicos los de Crescencio y Arnaldo, se imaginaba que así reprimiría á los nobles y tambien á los pontífices que habian desertado de su redil.

El pueblo romano, cuyas ideas liberales están como el horizonte de su ciudad, circunscritas á sus siete colinas, oye con gusto al que le cuenta las grandezas de aquellos que considera como sus abuelos. Los literatos, que entónces leían á Tito y Salustio, se complacian en volver á oír los nombres antiguos, y Colá (Nicolas) adquirió gran crédito como lo adquiere el que propone el remedio para una gravísima enfermedad. Eligiendo luego la ocasion de hallarse fuera de la ciudad los barones, invitó al pueblo á que le escuchase. Pasó la noche orando en una iglesia; despues oyó misa, y armándose completamente, excepto la cabeza, subió al Capitolio rodeado de jóvenes entusiasmados y de una pompa de banderas, pendones, emblemas y de aquellas bulliosas danzas que en ninguna parte se conoce como en Roma. No discurrió desde las gradas como debe un reformador; pero declamó como suelen los demagogos, y prestándole autoridad el obispo de Orvieto, vicario del papa, que estaba á su lado, leyó un reglamento para la reforma del buen estado, asegurando á los demas y tal vez persuadiéndose á sí mismo, que el papa le agradecería que librase á Roma de la tiranía de los barones.

Rienzi, tyran de Rome, Paris, 1733. — PAPENCORDT, *Cola de Rienzo und seine Zeit, besonders nach ungedruckten Quellen dargestellt*. Hamburgo y Gotha, 1841. Los documentos inéditos son cartas de Nicolas á Carlos IV y al arzobispo de Praga, á quienes refiere en latin toda su historia. Las descubrió Pelzel, despues se perdió el original. La copia fué publicada por el antedicho Papencordt, á quien la muerte impidió continuar la historia de Roma, desde la caída del imperio hasta el principio del siglo XVI.

(1) En las citadas cartas Nicolas pretende haber sido engendrado por Enrique VII, á quien su madre en una taberna de Roma ministrabat, nec forsitan minus quam sancto David et justo Abraham per dilectas catitit ministratum.

(2) *Nihil actum fore putavi si, que legendo didiceram, non adgrederer exercendo*. Epist.

Sus reformas consistian en garantir las personas de los ciudadanos contra las arbitrariedades de los nobles; organizar milicias urbanas en Roma y surtir de bajeles las costas; dar seguridad en los puentes y caminos; destruir las fortalezas y baluartes que servian á los barones para ejercer su prepotencia; administrar pronta justicia; establecer graneros para que los pobres no sufriesen hambre, y establecimientos públicos donde se alimentasen las viudas y huérfanos, especialmente los de los muertos en acciones de guerra. Invitó á cada Comun para que enviase dos síndicos al congreso general de Roma, lo cual fué el primer ejemplo de un parlamento representativo. Con esto y con la Confederación Italiana que proponia, podia abrirse una nueva era para Italia, que la pusiese otra vez á la cabeza de Europa.

Estas últimas ventajas no las comprendia el pueblo; pero sí la seguridad, los buenos mercados, el subsidio, y el regreso del papa. En su consecuencia encargó á Nicolas que formase aquella constitucion con el título de tribuno y le dió medios para llevar á efecto sus consejos. Al momento se apoderó de las puertas y prendió dentro de la ciudad á algunos bandidos, á quienes mandó ahorcar. Estéban de Colonna, que al principio hizo pedazos la orden en que se le mandaba salir de Roma, sabiendo que Nicolas reunia las compañías del pueblo, procuró salvarse precipitadamente, y como era el mas poderoso de los nobles, los demas, asustados, huyeron abandonando sus espadachines á la justicia.

Restablecida la tranquilidad de la ciudad, Nicolas envió correos á los inaccesibles castillos de los Colonna, de los Orsini y de los Savelli, citándoles á comparecer y jurar la paz, como lo hicieron, prometiendo no molestar á nadie por los caminos, no perjudicar al pueblo ni á los tribunos, y no dar asilo á los malhechores. De este modo los Cristianos que de todas partes venian á visitar el umbral de la puerta de los Santos Apóstoles, hallaban en aquel país una seguridad desconocida, y al regresar á su patria, enaltecian la fortaleza del tribuno.

Este primer movimiento habia puesto en conservación á Aviñon, cuando se recibieron cartas de « Nicolas, severo y clemente tribuno de libertad, de paz y de justicia, libertador ilustre de la santa república romana, » en las que prometia fidelidad á la Santa Sede; habiendo expedido otras á los potentados de toda Italia (1), Francia y Alemania. Esta primera tentativa pareció digna de elogio á muchos de aquellos que se alimentan de recuerdos mas bien que de oportunidades. Los aplausos que prodigó el Petrarca al caballero que honraba toda Italia, le hicieron, segun su palabra, admirar del mundo literato (2).

(1) Véase la aclaración E.

(2) Es singular que se haya disputado á quién se dirigian la oda mas bella del Petrarca, y las esperanzas de Dante. De Sade sostiene que el *spirto gentile, il cavalier che tutta Italia onora*, no puede ser Nicolas de Rienzi. Que el *veltro*

Muchas ciudades se le sometieron, otras le auxiliaron, y algunas le trataron de loco. Juan de Vico, señor de Viterbo y el de Orvieto fueron obligados á rendirle homenaje; Florencia, Sena y Perusa le enviaron tropas; las ciudades de la Umbría diputados; Gaeta diez mil florines de oro; Venecia y el señor Luchino se declararon sus aliados; Juana de Nápoles prestó honoríficas atenciones á sus enviados y no menos el emperador Luis, mientras los Pópoli, los Estensi, los Escala, los Gonzaga, los Carrara, los Orde-laffi y los Malatesta se mofaban de él.

Pareció que queria justificar á estos últimos con las extravagancias que luego hizo. Como tenia un carácter mas vano que vigoroso, su obra que comenzó lealmente, degeneró luego en una pueril ambición. Comenzó á rodearse del fausto, tal vez con el fin de atraer al pueblo; vivia con una esplendidez costosísima; se hizo armar caballero con una solemnidad que jamas se habia visto, lavándose en el baño de Constantino; se ponía tambien la dalmática, usada por los antiguos emperadores en su coronacion, y con el baston de mando y siete coronas sobre su cabeza, símbolo de las siete virtudes, blandiendo la espada hacia los cuatro puntos cardinales del mundo, decia: *Juzgaré el globo de la tierra segun la justicia, y á los pueblos segun la equidad*. En consecuencia de este dominio que pretendia tener sobre el mundo, citó á Luis de Hungría, á Juana de Nápoles, al emperador Luis, y al anticésar Carlos, para que presentasen en su tribunal los títulos de su eleccion, « la cual como está escrito no pertenece mas que al pueblo romano. » Intimó al papa á que volviese á su silla; declaró libres todas las ciudades de Italia, á las cuales, queriendo imitar la benignidad y libertad de Roma (1), concedió la ciudadanía romana y el derecho de elegir los emperadores. Tambien intimó á los Estados italianos, al papa y al emperador, que enviasen

alegórico sea Can de la Escala ó Uguccione de la Fagginola, es lo que menos interesa á mi amigo Troya en el opúsculo en que discurre sobre ello. La opinion de Sade fué refutada, y últimamente por Ceferino del Rey, cuyo dictamen sigue Papencordt. Ademas, hay diversas cartas del Petrarca á Nicolas.

« Tu magnífica declaración anuncia el restablecimiento de la libertad, que me consuela, me recrea, me encanta.... Tus cartas andan en manos de todos los prelados; las quieren leer, copiar; parece que bajan del cielo ó vienen de los antipodas; apenas llega el correo se reunen para leerlas, y los oráculos de Apolo no tuvieron tan diversas interpretaciones. Es admirable tu experiencia en el modo de ponerle á salvo de cualquiera desgracia, y manifestar la grandeza de tu valor y la majestad del pueblo romano, sin ofender el respeto debido al sumo pontífice. Es tambien de hombre sabio y elocuente como tú el conciliar cosas que luchan en la apariencia.... Nada hay que indique un bajo temor ó una loca presunción.... No se sabe qué admirar mas, si tus acciones, ó tu estilo; y dicen que obras como Bruto y hablas como Ciceron.... No abandones tu magnánima empresa.... Pusiste excelentes cimientos, la verdad, la paz, la justicia, la libertad.... Todos saben con qué calor tomo la defensa contra cualquiera que se atreva á poner en duda la justicia del verdadero tribuno y la sinceridad de tus intenciones. No miro ni adelante ni atras; adquiero muchos contrarios, y no me causa maravilla que ya experimente la sentencia de aquel verso de Terencio: *La descendencia hace amigos, y la verdad enemigos*. »

(1) « Volentes benignitates et libertates antiquorum Romanorum pacifice, quantum a Deo nobis permittitur, imitari. »

legados á Roma para tratar de la paz y del bien de toda Europa.

El papa, que al principio le nombró gobernador pontificio, se irritó al verle extralimitar sus poderes y pretensiones: el vicario, que hasta entónces le habia secundado, protestó contra la intimación hecha al pontífice y á los príncipes: la opinion que le apoyó mientras trató de hacer el bien del pueblo y procuró las reformas, le iba abandonando, y le echaba en cara sus gastos desordenados, de los que eran consecuencia los tributos que cada nuevo gobierno se veía obligado á imponer.

Entónces Nicolas pensó atemorizar y proporcionarse tesoros, mandando dar la muerte á los principales barones, pero los gritos del pueblo le impidieron consumir aquella atrocidad, obligándole á ponerlos en libertad. Los barones respirando venganza, se reforzaron en sus castillos, reunieron á los descontentos, é hicieron la guerra en los alrededores, talando las cosechas próximas á ser recolectadas. El buen literato, el pacífico tribuno, los llamó en vano para que se presentasen á sincerarse en juicio, y se vió precisado á tomar las armas, y en el mismo lugar en que perecieron combatiendo el anciano Colonna, un hijo suyo y otros señores, armó Rienzi á su propio hijo caballero de la victoria.

Pero ¿qué utilidad reportaban al pueblo estos triunfos? El tribuno se hallaba exhausto de dinero y sin rentas; los medios de procurárselo irritaban; por lo que el cardenal legado recobrando su firmeza, declaró á Nicolas traidor y hereje, y se puso de acuerdo con los barones para hacer sentir los horrores del hambre en Roma. Con su voz, y tocando á rebato la campana, trató Nicolas de reanimar el entusiasmo del pueblo, pero no tuvo valor suficiente para soportar la pena mayor que puede el hombre tener, la de verse abandonado. Rogó, tembló, lloró y al fin renunció, encerrándose luego en el castillo de Sant'Angelo con sus parientes y algunos que le permanecieron fieles, hasta que logró fugarse. Habiendo cobrado aliento sus enemigos y los que temblaban de manifestarsele amigos, lo hicieron ahorcar en estatua, y destruyeron en un soplo cuanto habia edificado en siete meses.

El tribuno, errante pero no malvado, vivió algunos años entre los eremitas franciscanos del Monte Mayella, en los Apeninos, donde cundian las ideas de los hermanitos, contrarias á la autoridad y al fausto de los pontífices, y en el entusiasmo que inspira la soledad, se creyó llamado á cooperar á una reforma universal que Dios iba á efectuar para corregir la vida perversa del mundo. Con el fin de apresurar la obra, se presentó á Carlos de Bohemia diciendo que tenia que confiarle importantes secretos, y le animó á libertar la Italia y á suministrar armas, sin las cuales la justicia de nada sirve; pero este soberano le hizo prender y le envió á Aviñon, donde fué perdonado, y por intercesión

1333. del Petrarca absuelto de la excomunion, dejándole luego vivir tranquilamente.
1330. Roma recuperó el freno de la moderación, bajo el gobierno del legado y dos senadores, y el jubileo les trajo mucha gente y dinero (1).

(1) « El día de Navidad comenzó la santa indulgencia para todos los que fueron en peregrinación á Roma, haciendo las visitas ordenadas por la Santa Iglesia en la basílica de San Pedro, de San Juan de Letran, y de San Pablo extramuros. Para conseguir el perdon, concurrió de toda la Cristiandad una multitud maravillosa é increíble de hombres y mujeres de todas condiciones y categorías, habiendo ocurrido poco tiempo ántes la general mortandad, que todavía continuaba en diversos países de Europa entre los fieles cristianos; seguían su romería con tanta devoción y humildad que soportaban con la mayor paciencia la inclemencia del tiempo, que estaba extraordinariamente frío, con nieves, hielos y aguaceros; los caminos por todas partes destruidos y cortados; las hospederías que en ellos había se hallaban llenas de día y de noche, y las casas contiguas á los caminos no eran suficientes para tener á cubierto los hombres y caballos; pero las Alemanes y Húngaros pasaban la noche en el campo en grandes pelotones ó masas, apiñándose unos con otros por el frío y haciendo grandes hogueras. Los poderosos no sabían á quién contestar, ni á quien dar el pan, el vino, y la cebada, ni de quién recibir el dinero, y muchas veces ocurría que cesando los romeros continuar su camino, dejaban el importe de los gastos que habían hecho sobre las masas, y marchaban seguidamente sin que ningún viajero tocara aquel dinero hasta que el posadero venía á recogerlo.

» En el camino no se oía ruido ni algazara, sino que al contrario se comportaban bien unos con otros, ayudándose con paciencia y valor. Habiendo principiado algunos ladrones á robar y asesinar en el territorio de Roma, los mismos peregrinos auxiliándose mutuamente, mataron á unos y prendieron á otros. Los labradores hacían custodiar los caminos, consiguiendo que los ladrones se alejasen de ellos, de modo que quedaron seguros todo aquel año. Era imposible enumerar la multitud de Cristianos que iban á Roma, pero calculando los que residían en la ciudad el día de Navidad, los solemnes que le siguen, y en la cuaresma hasta la Pascua de la Santa Resurrección, había en Roma de un millón á un millón y doscientos mil peregrinos, y por la Ascension y Pentecostes, mas de ochocientos mil, estando los caminos llenos de día y noche, como se ha dicho. Pero aproximándose el verano, el extremado calor y las ocupaciones de la recolección, obligaron á las gentes á ausentarse de aquel país, y aun así cuando había niños peregrinos, se contaban continuamente mas de doscientos mil forasteros. Las visitas de las tres iglesias, desde que se salía de casa hasta que se regresaba á ellas, componían una distancia de once millas. Las calles estaban tan llenas continuamente, que todos se veían obligados, bien fuesen á pié ó á caballo, á seguir á la muchedumbre, con lo que se adelantaba muy poco, y esto hacia mas penoso el tránsito.

» Los peregrinos cada día que visitaban las iglesias presentaban en cada una sus ofrendas en mayor ó menor cantidad, segun les parecia. Todos los domingos y fiestas solemnes se enseñaba el Santo Sudario de Cristo en la iglesia de San Pedro, para que pudiesen verlo la mayor parte. Las gentes se oprimían de un modo tan extraordinario é indiscreto, que muchas veces aconteció que se encontrasen dos, cuatro, seis, y hasta doce personas muertas por sofocación ó pisoteadas por la muchedumbre. Todos los Romanos se convirtieron en posaderos, albergando en sus casas á los peregrinos que hacían la romería á caballo, exigiendo por cada uno de estos una libra tornesa diaria, ó una y media, y algunas veces dos segun el tiempo, y sin embargo, el peregrino tenía que comprar cuanto necesitaba para su alimento y el del caballo, pues no se les daba mas que una mala cama. Deseosos los Romanos de ganar desordenadamente, aunque podían tener un mercado surtido con abundancia de cuanto era necesario para la vida, mantuvieron la carestía del pan, vino y carne en todo el año, prohibiendo que los mercaderes llevasen vino forastero, trigo, ni cebada, á fin de vender lo suyo mas caro.

» La afluencia de gentes fué casi tan abundante al fin como al principio del año; pero luego concurrieron mayor número de señores, nobles damas, eievatos, personajes, y mujeres de países ultramontanos, de otros mas distantes y aun de la misma Italia, que al principio ó á mitad del término señalado, y á medida que se aproximaba el fin, se aumentaba la

1353. Pero para reprimir la audacia de la nobleza, habían nombrado tribuno del pueblo á Francisco Baronceli, con quien puesto de acuerdo el legado Albornoz, obligó al prefecto Juan de Vico á ceder los muchos territorios que había usurpado, y reunió en sus manos la autoridad de Roma. El pueblo le pidió entonces por gobernador á Nicolas de Rienzi que había venido con él, y le instituyó senador á fin de que con su popularidad volviese la tranquilidad á aquel país. Lo consiguió, y habiendo hecho prender y procesar á frey Moriale que hacía muchos años devastaba la Italia con su banda, le llevó por fin al patíbulo. El papa reconoció luego á Nicolas por noble caballero; pero desde que comenzó á ejercer su autoridad en nombre del pontífice, dejó de ser apreciado por el pueblo. Las gabelas que se impusieron sobre la sal y sobre el vino, aumentaron el descontento de los Romanos, que al fin se sublevaron y asaltaron su palacio gritando: « Muera el traidor que ha impuesto las gabelas. » No creyendo Rienzi que amenazarán su vida, esperó á aquellos furiosos vestido con el traje senatorial y llevando en su mano el estandarte del pueblo; mas como vió que descargaban una lluvia de piedras y fuego, trató de escaparse, aunque en vano, pues fué descubierto, degollado, y su cadáver colgado de una horca. Así destroza el pueblo sus propios ídolos.

El cardenal y Rodulfo de Varano, señor de Camerino y comandante del ejército, restablecieron la tranquilidad en Roma, y despues continuaron sometiendo el patrimonio de San Pedro, el ducado de Espoleto, la Marca de Ancona y otros países. Bolonia, sustraída del poder de los Visconti por Juan de Oleggio, el cual de simple clérigo llegó con el favor de ellos á ser capitán general de la ciudad, fué vendida por este al papa. Reunidos en Roma los diputados de todas las ciudades sometidas al pontífice, publicó el cardenal las constituciones eugubinas que habían de regir en ellas.

Francisco de los Ordelañi, señor de Forli (1),

concesion de gracias, dispensando de visitar las iglesias. Despues, con el objeto de que ninguna de las personas que habían ido á Roma, y no habían tenido tiempo de hacer la visita de las iglesias, quedase sin la gracia ó sin la indulgencia concedida por los meritos de la pasión de Cristo, se aplicó plenamente dicha indulgencia á todos los que se hallaban allí el último día. » MATEO VILLANI, I, 56.

(1) La dama Cia, mujer del cañtan Forli, estando encerrada en un castillo con su jóven hijo Simbaldo, dos sobrinas suyas de tierna edad, una jóven, dos hijas de Gentil de Mogliano, y cinco señoritas fué estrechamente sitiada y combatida por ocho máquinas de guerra que arrojaban continuamente piedras enormes dentro de aquella fortaleza, y no teniendo esperanza de ningún socorro, y sabiendo que el enemigo excavaba las murallas y torres, se sostenía admirablemente, animando y confortando á los suyos para que continuasen la defensa... En este conflicto, su padre Vanni de Susinana de los Ubalini, conociendo el peligro que amenazaba á su hija, acudió al legado é impetró la gracia de ir á hablar con ella para inclinarla á que se rindiese, salvándose de este modo ella y toda su gente. Cuando llegó al castillo, como padre, hombre de grande autoridad y muy versado en la guerra, la dijo: « Querida hija, tú debes creer que no he venido para engañarte, ni para hacer traición á tu honor. Conozco y veo que tú y los que te acompañan habéis llegado al extremo de un

1353. Forlimpópoli, Cesena, Castrocaro, Bertinoro, é Ímola, que se habían sostenido, teniendo asalariadas aquellas bandas de tropas mercenarias que entonces eran á la vez el nervio y el oprobio de la guerra, se sometió y fué absuelto, y la Romanía, donde Albornoz no encontró mas vasallos que los de Montefalto y Montefiascone, toda al fin se sometió á la obediencia del papa. Habiéndole este pedido cuenta del dinero gastado en aquellos catorce años, Albornoz le envió un carro de llaves de las ciudades que había sometido á su obediencia.

CAPÍTULO XVIII

Los guerrilleros. — Los Visconti. — Los Sforcias.

Hemos visto que en la edad média se hacia la guerra con tropas feudales y con las milicias de los Comunes. Las primeras desaparecieron al cesar el sistema, del cual se derivaban, y al aumentarse la necesidad de llevarlas á lejanas expediciones. Las milicias de los Comunes se habían armado legitimamente, primero por la libertad de su patria, despues para defenderla, y últimamente tomaron la ofensiva en los países en que las repúblicas se consolidaron. Donde prevaleció la monarquía, los reyes procuraron formarse ejércitos de hombres del Comun, como en Francia é Inglaterra, á despecho de los barones, de cuyo dominio se sustraían tantos hombres, para someterlos á la obediencia del monarca. Estos mismos barones, cuando tuvieron que luchar con los Comunes, se vieron precisados á recurrir á brazos mercenarios, no armandolos con el fin de que los ciudadanos pudiesen trabajar y traficar en paz, sino para tenerlos dependientes, y no dejar que conociesen su propia fuerza. Los mismos reyes cuando tuvieron que contender con los barones, encontraron mas segura la fuerza brutal de mercenarios indiferentes, que no el reclutamiento de hombres que habían heredado la costumbre de estar sumisos á aquellos señores, y cuya fide-

» peligro inevitable, y no encuentro otro medio que pueda proporcionaros ventajas mas que el de entregar el castillo » al legado. » Además le añadió otras muchas razones que la probaban que debía hacerlo, manifestándole al mismo tiempo que el mas valiente capitán no se avergonzaria de ello, hallándose en igual caso: « Padre mio, le contestó ella, cuando vos me entregásteis á mi señor, me mandásteis que sobre todo le fuese obediente, y así lo he hecho hasta aquí, y » creo hacerlo hasta la muerte. El me encargó el cuidado de » esta fortaleza, y me dijo que por ninguna causa la abandonase, ni que hiciese cosa alguna sin hallarse presente, » á no ser en virtud de una secreta señal que me confió. Poco » me importa la muerte ú otra cualquiera cosa, siempre que » obedezca sus mandatos. » Ni la autoridad de padre, ni los peligros graves que la amenazaban, ni otros ejemplos que la manifestó este hombre tan notable, pudieron vencer la firmeza de aquella dama, y despidiéndose de su padre se dedicó con la mayor solícitud á preparar los medios de defensa y las guardias del castillo, cuya custodia se le había confiado, no sin admiración de su mismo padre y de cuantos presenciaron el temple varonil del alma de aquella mujer. Yo creo que si esto hubiese ocurrido en tiempo de los Romanos, los grandes autores no la hubieran quitado el honor de que su esclarecida fama figurase entre las otras que encontraron dignas de singulares elogios por su constancia. El mismo autor, VII, 69.

dad podía quebrantarse por la reflexion ó el sentimiento.

Así se introdujo el uso de las tropas mercenarias, y los territorios suizos y las federaciones alemanas, donde el gobierno democrático había facilitado el aumento de población y el ejercicio de las armas, ofrecieron el mayor número de estos soldados asalariados. Su comportamiento posterior con amigos y enemigos nos lo demuestran suficientemente los Armagnacs y los demas que por largo tiempo vejaron la Francia, tratándola peor que la hubieran tratado los enemigos contra quien se habían alistado.

En Italia los ciudadanos habían combatido contra el primer Federico por conquistar su independencia, y contra el segundo para defenderla, pero cuando las guerras se prolongaron y se convirtieron en luchas de partido, ó fueron decretadas por el capricho ó por el interes propio de un señor, aquellos tomaban las armas con tanta ménos voluntad cuanto mas se habían acostumbrado á las dulzuras de una vida tranquila y entregada á las artes. Nada podía ocurrir que mas desearan los señores que este disgusto en tomar las armas, las cuales en manos de los ciudadanos son un terrible freno á la prepotencia; de consiguiente, con alegría les dispensaron de esta carga, cambiándola por un tributo, con el cual pudieron servirse de tropas asalariadas. Venecia que, recelosa de sus propios nobles, jamás les había consentido el mando, llevó soldados mercenarios á todas las campañas del continente. Á Florencia, aunque libre, agradó este sistema, porque dejaba á sus ciudadanos desembarazados para poder atender al comercio y á las industrias manufactureras é intelectuales.

Pronto se encontró quien especulase con este nuevo objeto de lucro, así como hombres dispuestos á perder su sangre por un precio convenido, y guerrilleros ó jefes que los comprasen, alzando una bandera á la ventura, para hacer la guerra donde mejor les conviniese. Esta gente nueva sostuvo una parte principal, no solo en las guerras, sino en las vicisitudes políticas de aquel período.

De la multitud de soldados mercenarios que entraron en Italia con Enrique VII, con Federico de Austria, Luis el Bávaro, el duque de Carintia y el rey de Bohemia, volvieron muy pocos á su país, quedándose la mayor parte de ellos á sueldo con los señores italianos, los cuales reportaban mayores ventajas de gente extraña á las facciones interiores, y que no tenía sentimientos de patria, ni casi de humanidad; pero no formaban todavía verdaderas bandas. La mas antigua fué la de los Almogávares, cuyas vicisitudes romancescas hemos visto en Sicilia y en Oriente (1).

En 1322, algunos que se separaron de los Florentinos que los tenían asalariados, se unieron á Deo Tolomei, desterrado de Siena, habiendo

(1) Véase el capítulo II de esta época.